

LA PERRA OTRA VEZ EN CELO*

“¡Hombres, no celebréis todavía la derrota de lo que nos dominaba hasta hace poco! Aunque el mundo se alzó y detuvo al bastardo la perra que lo parió está otra vez en celo”.

BERTOLD BRECHT. La resistible ascensión de Arturo Ui.

La advertencia del gran escritor alemán irrumpe en la memoria apenas se ingresa al texto de *Una nueva política interamericana para los años 80*¹, material reservado escrito para el Consejo de Seguridad Interamericana de EE.UU. Todo hace creer que este documento marca una directriz vertebral en los planes del Gobierno Reagan. Es una especie de *Mein Kampf* que estructura y resume en lenguaje descarado la doctrina política y militar imperialista hacia América Latina y el Caribe, sin esmaltar sus rasgos más brutales.

No se refiere a los grandes problemas económicos y sociales que antagonizan nuestros países con el imperio del Norte, ni menciona el añoso interés de EE.UU por las riquezas infinitas y múltiples de nuestras tierras expoliadas por los monopolios, incluso en sus últimas formas transnacionales. No pretende tampoco catapultar una “gran política” -al estilo de la “Alianza para el progreso”- dirigida a agrupar y neutralizar a sectores de la burguesía y la pequeña burguesía de estos países, con vistas a la contención de las tendencias democráticas, antimperialistas y revolucionarias. Apenas si esboza, en cuanto a temas económicos, algunas parvas iniciativas financieras, pretendidamente de ayuda, junto a proposiciones parciales dirigidas a un *modus vivendi* con el Gobierno brasileño.

Lo único que aparece categórico en materia económica es el propósito proclamado de colocar todo el petróleo de América Latina y el Caribe a disponibilidad absoluta de Washington, con un primer plazo hasta 1985, año en que ya estaría monopolizado el suministro de México, y EE.UU se libraría por ello de su “dependencia . . . del golfo Pérsico”. Es un texto basado en el principio del desempeño hegemónico de EE.UU en el mundo, cuestionado por el “comunismo internacional”, categoría política demonizada, que abarca desde la URSS y los países socialistas a los nuevos Estados emergidos de la

1 Escrito el 4 de abril de 1981

1. Este informe fue redactado por un grupo de asesores de Ronald Reagan -el llamado Comité de Santa Fé- y elevado al Consejo de Seguridad Interamericana de Estados Unidos. Escrito en 1980, antes de la elección de Reagan, es evidente, sin embargo, la coincidencia esencial de sus concepciones con las ideas últimas del presidente y sus principales colaboradores. Ver Estudios, N° 78, pp 8-19 (Nota del autor).

disgregación del sistema colonial, a todos los movimientos de liberación nacional y a las fuerzas políticas -partidos y gobiernos- que realizan una política exterior independiente, de paz y soberanía.

En esta concepción ecuménica, América Latina y el Caribe, a través de “las relaciones interamericanas”, deben ser Escudo de la seguridad del Nuevo Mundo y espada de EE.UU en la política del poder global. . . “Históricamente la política latinoamericana de EE.UU no ha estado nunca separada de una distribución global del poder. Es “base del pluspoder” -dice- para contrarrestar las actividades en Europa, Asia y Africa.

1. ESPADA DE EE.UU EN LA POLITICA GLOBAL DE PODER

Se subraya aquí, otra vez, el clásico pensamiento imperialista yanqui respecto a América Latina. Este ha sido el fundamento geopolítico de más de un siglo de intervenciones al Sur del río Grande, arropadas con la llamada doctrina Monroe , la que como lo demuestra Guillermo Toriello²- siempre fue un gran fraude, sin base histórica ni jurídica, esgrimido nebulosamente por EE.UU como hoja de parra para sus peores fechorías.

Si se desmitifica esta idea central, queda apenas la afirmación tan conocida de que el hemisferio es coto privado de EE.UU y línea de en ambos océanos hacia la captura del cetro mundial. En 1912, el canciller Elihu Root estaba seguro que hacia 1950 la *frontera de EE.UU abarcaría el continente entero*. Era una utopía imperialista; no tenía en cuenta las leyes del desarrollo capitalista, que conducen a la revolución socialista, ni el papel en ella de la eclosión de los pueblos coloniales y dependientes. Pero el sueño rapaz de Root, formulado de otra manera y debiendo atenerse a otras realidades, sigue guiando a los estrategias del Norte. En el período de la *guerra fría*, luego del pasaje de EE.UU a principal dominador también de América del Sur, se levantaron variadas arquitecturas hemisféricas para el control total de América Latina y el Caribe, tanto en el plano político y militar, como en el económico. El llamado plan Truman de coordinación de las fuerzas armadas del hemisferio -que engendrara luego la Junta Interamericana de Defensa y otras formas supranacionales- y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), de Río de Janeiro, completado por las reuniones de Bogotá, Caracas y otras, reflejaron en lo

2 “El informe de Monroe (en la parte que han llamado “doctrina”) es una declaración unilateral estadounidense; carece de generalidad y reciprocidad, invade la jurisdicción soberana de las repúblicas latinoamericanas al arrogarse los Estados Unidos el derecho de controlar las relaciones entre ellos y los países europeos, y es de un inaceptable carácter proteccionista. No tuvo nunca el consentimiento de los Estados Americanos y más bien ha sido rechazada por varios de ellos. Carece, pues, de todas las características de una doctrina, no obliga a nadie, ni al propio Gobierno de Estados Unidos, y no puede pretenderse, por lo tanto, que sea norma de Derecho Internacional”. Guillermo Toriello. *Tras la cortina de banano*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1976, p. 38 (N. del autor)

fundamental el avance imperialista hacia el control de América Latina y el Caribe. En particular, allí se resumía la función estratégica que EE.UU asignaba a nuestros países en su concepción hegemónica mundial. El hemisferio aparecía como inmenso macizo de polo a polo, base de partida en los dos océanos, santuario económico, político y militar de EE.UU, y retaguardia del agresivo tratado atlántico. América Latina y el Caribe tenían el triste destino de ser cantera de materias primas, territorio económico general a disposición del imperio, y nuestros pueblos serían la potencial carne de cañón. Los ejércitos de América Latina debían cumplir labor de gendarmería contra sus pueblos y ser los centinelas de cada pozo de petróleo, de cada mina, de cada empresa dominada por los monopolios yanquis. De esta concepción se desprende natural la llamada *doctrina de la guerra interna contra el comunismo internacional*, aplicada hasta nuestros días en las formas más bestiales por las dictaduras fascistas y otras tiranías del “cono sur”. Todo ello pretextado por la historia bélica y la batahola de anticomunista y antisoviética.

CONSTANTE HISTÓRICA DE LA POLÍTICA DEL IMPERIALISMO DE EE.UU HACIA AMÉRICA LATINA

Durante casi dos décadas, desde el final de la gran guerra antinazi, EE.UU, que arrastrara a otras potencias imperialistas, obligó a la humanidad a vivir al borde del abismo de la guerra nuclear -según la fórmula de Foster Dulles-, encendió guerras locales en distintos continentes, planteó la agresión atómica a la URSS, incluso con fechas para su inicio –como lo han revelado publicistas y exgobernantes de EE.UU-, impulsó golpes de Estado y asesinatos de presidentes, ministros y líderes políticos, instauró dictaduras de diverso tipo en todas las latitudes posibles, retoños del viejo fascismo o nacimiento de sus nuevas formas. Era la época en que Al Capone³ defendía la democracia contra las trampas rojas y el comunismo.

América Latina recuerda bien ese período. El “panamericanismo” y las estrofas cacofónicas del “himno de las Américas” encubrieron la tremenda explotación del continente por EE.UU, y decoraron el paisaje político con tiranías, principalmente militares, que, empapadas en sangre de los pueblos, salvaban Occidente del comunismo y votaban serviles en los cónclaves de la OEA, llamada con razón *ministerio de colonias* de Washington.

Sobre este fondo común, la estrategia de EE.UU tuvo variaciones, pero ellas no afectaron la dirección y la metodología principales. Fueron las derrotas del imperio -entre estas centralmente la histórica victoria del pueblo vietnamita- las

3 El jefe de la mafia escribió: “El bolchevismo golpea a nuestras puertas. No podemos permitir que entre. Debemos organizarnos contra él; unirnos hombro con hombro, y mantenernos firmes. Debemos guardar nuestra América intacta, salvarla de la destrucción. Debemos proteger a los obreros de la literatura roja; de las trampas rojas; debemos hacer todo para que su espíritu permanezca sano”. (N. del autor).

que ayudaron a gestar una nueva situación capaz de superar la *guerra fría* y alejar el espectro de la hecatombe nuclear. Entre esas derrotas, la victoria de Cuba y el ascenso de la brega democrática, independentista y revolucionaria de América Latina tuvieron importancia para el continente y para el mundo. Todo el andamiaje del “panamericanismo” y del dominio yanqui empezó a crujir y entró en crisis irreversible. A pesar de la dureza de las pruebas, incluso de vaivenes y derrotas, de la contraofensiva del imperialismo y el fascismo -que instauró dictaduras fascistas en Uruguay, Chile y otros países- una nueva hora nació en el continente como lo probó más tarde y en punto culminante la revolución en Nicaragua.

El cambio en la correlación mundial de fuerzas -económica, política, militar, histórica- entre la URSS y los países socialistas, y el imperialismo, la culminación del proceso de disgregación colonial por grandes victorias revolucionarias y la mudanza de la geografía política internacional y el socialismo, crearon bases objetivas para el alumbramiento de la distensión. Esta coincide con los intereses incluso de supervivencia de la humanidad. Es evidente que no existe alternativa para la coexistencia pacífica y la distensión, salvo la catástrofe de una guerra con las actuales armas de destrucción masiva.

El impulso de la carrera de armamentos y el deterioro de la distensión iniciados bajo Carter, colocan otra vez al mundo ante tremendos peligros, agrandados por los actos y discursos belicistas irresponsables del presidente Reagan y sus acompañantes, que han alarmado incluso a sus socios de la coalición atlántica. Sin ninguna concesión al fatalismo -ni en el mundo ni en América Latina el imperialismo puede hacer libremente lo que desee- es menester conciencia del terrible riesgo. Peligro para la paz mundial y concomitantemente para la independencia, el progreso, la democracia y el cambio social en América Latina. Las propuestas de la Unión Soviética formuladas por Brézhnev desde la tribuna del XXVI Congreso del PCUS constituyen una serena y positiva contribución a la búsqueda de caminos de paz y distensión. La actual correlación mundial de fuerzas gravita en favor de esa búsqueda, no obstante la burda vociferación con que el ex cowboy de películas inaugura su periplo presidencial en la primera potencia del imperialismo. En el XXVI Congreso del PCUS *dijimos que la unidad en defensa de la paz es la más amplia y urgente tarea de la humanidad. Y que esa brega se conjuga con la histórica batalla por la democracia y la autodeterminación económica y política de los pueblos de América Latina.*

EMANCIPACIÓN LATINOAMERICANA Y PAZ MUNDIAL

El documento llamado de Santa Fe, seguido por las declaraciones de

Reagan, Haig, la señora Kirkpatrick y otros, nos exhibe esa unidad dialéctica entre política belicista y explotación e intervención de EE.UU contra nuestros pueblos. En la parte introductoria *-Fundamentos para una nueva política exterior-* se sientan las premisas mundiales de la línea latinoamericana en términos de una filosofía política monstruosa. No en balde lo hemos parangonado con el Mein Kampf.

“ . . . La política exterior -dice- es el instrumento por el cual los pueblos aseguran su supervivencia en un mundo hostil. La guerra y no la paz es la norma que rige los asuntos internacionales” . . .
“contener a la URSS no es suficiente. La distensión es la muerte” . . .
“Estados Unidos debe tomar la iniciativa o perecer. Estamos casi sobre la tercera guerra mundial”⁴.

La invocación a una tercera guerra mundial hace tiempo integra la trama política y el condimento de los cursos de contrainsurgencia, o de otra índole, dados a los militares y policías latinoamericanos en las escuelas de EE.UU en la “zona” del canal de Panamá, e incluso sirve como justificación moral de las lecciones de torturas. En las celdas y los centros de tormentos de Uruguay, por ejemplo, el verdugo más mediocre lo repite a los presos políticos. No es fortuito que tanto Pinochet como los generales fascistas de Uruguay lo proclaman diciéndose vanguardias de la defensa de Occidente en la tercera guerra ya iniciada. A esa “doctrina” se remitió el cónclave de ejércitos americanos reunidos en Bogotá luego de la victoria de la revolución en Nicaragua. Esta ha sido la única coartada ideológica de los regímenes fascistas del Sur y de las tiranías centroamericanas, eslabonada a la tesis de la *guerra interna*, también de oriundez estadounidense. Desde esta plataforma, el documento de Santa Fe aprecia la situación política y los empeños de América Latina y cada uno de sus pueblos por defender la identidad nacional, volver más reales la independencia y la soberanía, y abrirse paso hacia el desarrollo y progreso social:

“América Latina y el Sur de Asia son escenarios de las refriegas de la tercera fase de la tercera guerra mundial . . . Hasta el Caribe, lugar de tránsito marítimo y centro de refinación de petróleo de Estados Unidos, se está transformando en un lago marxista-leninista”.

En consecuencia, **es indispensable una política exterior integral y global**, enmarcada por esa trágica disyuntiva:

“Pax soviética o una contrapuesta protección mundial del poder norteamericano, es la alternativa. La hora es decisión, no puede ser

4 Aquí y adelante subrayados de R.A. (Nota de edit)

pospuesta”.

Pocas veces se encuentra por escrito, sin ropa alguna, el pensamiento central de los círculos más agresivos y aventureros del imperialismo de EE.UU con vistas al dominio del planeta. La jerga destinada a la intoxicación y la guerra psicológica se mantiene solo a los efectos de agitar las sábanas del fantasma de la amenaza soviética, de proclamar el imperio en peligro y de trazar la frontera de la seguridad de Estados Unidos en todas las latitudes. El objetivo central y único es la *protección y proyección mundial* del poder norteamericano (de Estados Unidos), al que deben someterse todos los países, cualquiera sea su interés nacional y su régimen político, atribulados por la presunta pax soviética. Todos los gobiernos, partidos y movimientos que no aceptan o se han librado de la exhaustiva protección de Estados Unidos, son considerados enemigos y, por lo tanto, susceptibles de ser bloqueados, derribados por conspiración y desestabilización o por asesinato de sus líderes, y objetos de potenciales invasiones. Mucho más concretamente, en América Latina y el Caribe son considerados *traspatio*, o, *mare nostrum* y núcleo interior para la protección mundial de EE.UU. Un planteamiento de esta índole supone, evidentemente, transitar a menudo por el filo de la navaja de la hecatombe nuclear.

AGRESIÓN CONTRA TODO GOBIERNO DEMOCRÁTICO EN AMÉRICA CENTRAL Y EL CARIBE

El documento de Santa Fe rezuma este belicismo recalcitrante, en tono de crudeza ideológica, cuando propone líneas de acción frente a Cuba, en América Central y el Caribe. Parte de los dos presupuestos: a) “el Caribe se está transformando en un lago marxista-leninista” y b) los países del Caribe son “el suave bajo vientre de EE.UU” . . . “factor de la ecuación global de su seguridad” . . . “amenazados por la irrefrenable actividad soviética con base en Cuba”.

Este punto de partida lo lleva a individualizar a Cuba como principal enemigo, a colocar en la mira a Nicaragua por el carácter democrático y antiimperialista de su revolución, pero, simultáneamente, a actuar -como lo especifica el texto de Santa Fe- contra el Gobierno de Panamá, contra Manley en Jamaica, contra Guyana y Granada. Guyana -bajo el Gobierno Burnham- es calificada de “Estado marxista prosoviético”. Sin olvidarse de la hostilidad contra las fuerzas democráticas de Costa Rica y Venezuela, y sin descartar maniobras contra México, a pesar de proponer toda una zorruna política especial a su respecto. Son gobiernos y partidos de muy variados matices. Todos son culpables ante el imperialismo, por tender a la independencia en política exterior, por reivindicar el patrimonio nacional, por ser adversos a las tiranías paridas y tuteladas por EE.UU. Explícitamente no les perdona el apoyo al pueblo

de Nicaragua y la promoción de relaciones correctas y amistosas con Cuba. *Los únicos amigos seguros para EE.UU*, por lo que se ve, son las tiranías de la zona. Así lo dice sin remilgos el documento: debe dárseles ayuda, ya que “se encuentran bajo el ataque de minorías armadas”. La alusión es ostensible: se trata de intervenir en mayor grado en apoyo de las dictaduras genocidas de El Salvador y Guatemala, enfrentadas por la lucha democrática y revolucionaria de sus pueblos. La agresiva y escandalosa actitud del Gobierno Reagan frente a El Salvador, la intervención desembozada y las provocaciones subsiguientes en América Central y el Caribe, especialmente contra Cuba y Nicaragua, han ilustrado muy pronto la importancia del de Santa Fe en la estrategia del nuevo Gobierno del EE.UU. El documento propone declarar norma imperativa o dictado esta versión libre de la llamada doctrina Monroe:

“Ninguna potencia extranjera hostil será autorizada a mantener bases o aliados militares y políticos en la región”.

Este principio apunta contra todo gobierno que no se someta integralmente a EE.UU., que podrá ser acusado por lo menos de alianza política con países socialistas o no alineados. O simplemente –remember Guatemala-, que haya osado aplicar leyes nacionales o monopolios estadounidenses. En el caso actual y cercano de Nicaragua, amiga política de Cuba y que ha tendido lazos amistosos con países socialistas y con todas las fuerzas avanzadas del mundo, Estados Unidos habría establecido, por sí y ante sí, el derecho de castigarla por todos los medios. No menos monstruoso es el planteamiento respecto a Panamá. En el documento se propone dejar de lado los tratados canaleros firmados por Carter e involucrar a las fuerzas armadas de América Latina en demostraciones en el mar Caribe. Para ello se debería pasar el canal al control de la JID, y establecer una zona de seguridad, para poner sobre aviso “a los soviéticos y sus aliados de que estamos preparados para defender nuestros intereses vitales”.

Por lo demás, como tantas veces lo ha dicho Fidel Castro, ¿quién otorgó poderes a la corrupta oligarquía financiera del Norte, a su Pentágono y su tenebrosa CIA, para determinar y condicionar el régimen político y la opción ideológica de nuestros pueblos?.

LOS ASESORES PROPONEN LA GUERRA CONTRA CUBA

Este plan vesánico, digno de Hitler o Foster Dulles, culmina con la propuesta de guerra contra Cuba.

“EE.UU -dice- no puede seguir aceptando la condición de Cuba como Estado vasallo de la URSS”.

El imperialismo del dólar, que conoce y practica solo relaciones de dependencia y vasallaje, no concibe o finge no concebir que Cuba sea parte de la comunidad socialista, y sea, a la vez libre y soberana como nunca. Esto le confiere el carácter de trinchera avanzada de una América Latina que se ha puesto en marcha, por cauces diversos, con movimientos políticos heterogéneos, de variada profundidad y diferenciado contenido de clase, empero coincidentes en su anhelo de independencia económica, autodeterminación plena, democracia y progreso social. Cuba socialista, que abatió el mito de la fatalidad de la coyunda yanqui, fue y es al mismo tiempo síntoma de esta dinámica latinoamericana tendiente a la segunda independencia y estímulo precipitante en su desarrollo. La Revolución Cubana evidenció la crisis de la política de dominación de Estados Unidos sobre el continente, crisis que ha seguido profundizándose y que ya ni la fuerza, ni la corrupción política podrán detener, porque ella refleja el avance ineludible hacia la liberación de nuestros pueblos. La oscilación constante de los gobiernos de EE.UU en los últimos veinte años, entre la demagogia panamericanista, con vistas a ampliar las bases de su hegemonía, y la práctica retornada y permanente del *big stick*, de las intervenciones, de la instauración de regímenes fascistas como en el Sur, o el pasaje actual de las oraciones sobre derechos humanos de Carter al desenfreno imperialista de Reagan, registra el fracaso para acomodarse frente a una América Latina que quiere ser libre y ha empezado a serlo. Es decir, testimonia la crisis de la política de dominación de nuestro continente, que Cuba volvió irreversible.

Durante más de veinte años, EE.UU bloqueó a Cuba, organizó invasiones y bandas armadas, planeó el sabotaje, intentó el asesinato de Fidel y otros dirigentes, sin embargo, Cuba sigue en pie y más firme que nunca. La entereza cubana, el apoyo soviético y de otros países socialistas, la solidaridad mundial, y específicamente la latinoamericana, derrotaron todos esos planes. No obstante, pese a esta larga ristra de agresiones y crímenes, es la primera vez, desde la “*crisis del Caribe*” de 1962, que en un documento del Gobierno de EE.UU se plantea y abiertamente la guerra contra Cuba. El documento de Santa Fe lo hace. Propone “acciones punitivas” inmediatas, como anticipo de mayores, si Cuba presta solidaridad a otros pueblos de América Latina. Pero, en verdad, el postulado de fondo es la exigencia de que los revolucionarios cubanos rompan sus relaciones internacionalistas con la URSS y renuncien a su colaboración con los gobiernos de Africa liberada.

“En caso contrario y si la propaganda falla, debe lanzarse una guerra de liberación contra Castro”.

La respuesta -premonitoria, o con pleno conocimiento de la amenaza- la dio Fidel Castro en el Segundo Congreso del Partido Comunista de Cuba. El trabajo socialista y la defensa se entrelazan, inseparables, en las tareas de la gloriosa Isla. El pueblo entero combatirá hasta los últimos extremos ante un bloqueo o una invasión. Los revolucionarios cubanos no trafican con los principios, ni son susceptibles de intimidación. El Gobierno de Cuba, que es partidario militante de la paz y la coexistencia pacífica, desea relaciones normales con EE.UU; pero no está dispuesto a abdicar sus principios, ni someterse al dictado brutal del imperio. No rechazaremos el ramo de olivo si se nos ofrece, pero tampoco retrocederemos ante la agresión . . . *¡Cuba no podrá jamás ser doblegada! . . . Estamos por entero entregados al trabajo creador, pero con la misma resolución nos preparamos para defender la patria, por cuya liberación se combatió durante más de cien años. Lucharemos por cada palmo de nuestra tierra hasta la muerte si es que el imperialismo osa agredir a nuestra patria socialista*⁵.

¡Cuba no está sola!, se ha repetido, con palabras y con actos, en los más de veinte años de su revolución. Junto a Cuba se alinearán una vez más, como en su hora al lado de Vietnam, todos los pueblos. Tiene y tendrá la solidaridad de la Unión Soviética y los demás países socialistas, de pueblos y gobiernos progresistas de todo el planeta, y, en particular de América Latina y el Caribe. Una agresión a Cuba tocaría límites extremos entre la guerra y la paz mundial. No solo los revolucionarios y las fuerzas avanzadas, sino todo gobernante y dirigente político sensato rechazarán esta aventura de imperialistas enloquecidos. Por lo mismo, en EE.UU ya se levantan voces de advertencia -parlamentarios, iglesias, intelectuales, organizaciones populares- contra la manifiesta tentativa del Gobierno yanqui de intervenir militarmente en América Central y el Caribe, y de amenazar a Cuba con el bloqueo y la invasión. Esas voces evocan el espectro de un nuevo Vietnam, la derrota ignominiosa que traumatizara al estadounidense medio. Asoman incluso las primeras contradicciones en los elencos imperialistas, luego del fracaso de las misiones por Europa y América Latina en busca del apoyo y complicidad para la intervención en El Salvador con proyecciones agresivas respecto a Nicaragua y Cuba. La digna réplica del Gobierno panameño y la reafirmación por López Portillo de la amistad cubano-mexicana, son expresivas. Reflejan la realidad, la actual realidad del mundo y de América Latina. Sintomatizan las amplias fuerzas que se oponen al desenfreno del Norte. Sin embargo, no debemos subestimar el peligro. Incurrir en una actitud desaprensiva, de ingenuo optimismo, sería desconocer la esencia del imperialismo, olvidar su historia del último siglo, aparte de algodónarse los oídos para no escuchar lo que a gritos anuncian los gobernantes de Washington reiterando a los pequeños monstruos fríos del

5 Lo subrayado es cita del discurso de Fidel Castro en el XXVI Congreso del PCUS (N. Del autor)

Comité de Santa Fe.

El riesgo acecha a todo lo democrático y liberador de América Latina. Contra tal amenaza debe alistarse el mundo, pero, ante todo, deben erguirse nuestros pueblos en toda su estatura. El apoyo a Cuba y Nicaragua, la solidaridad con El Salvador y Guatemala, el sostén a la reivindicación patriótica de Panamá sobre el canal, se enlazan estrechamente con el combate contra el fascismo y las tiranías de Uruguay, Chile y otros países, y por la democracia, la plena autodeterminación económica y política y el socialismo, de todos nuestros pueblos.

2. COMIENZOS DE REAGAN SEGÚN LAS PAUTAS DE SANTA FE

“Ni los crímenes ni la fuerza podrán frenar los procesos sociales. La historia está con nosotros y ella es obra de los pueblos”.

Salvador Allende. Postrer mensaje

Apenas traspuesto el umbral de la Casa Blanca, las palabras y los hechos de Reagan convalidaron el informe de Santa Fe en tanto referencia basilar de su política latinoamericana. Hasta la jerga del documento -primaria como la usada en los menesteres de la guerra psicológica- trasparece en las declaraciones de Reagan, Weinberger, la señora Kirkpatrick y voceros gubernamentales.

El motivo ocasional de escándalo fue la heroica lucha del pueblo de El Salvador. Con el pretexto de que la junta genocida era víctima de agresión soviética a través de Cuba y Nicaragua, Reagan y sus acompañantes incrementaron todas las formas de la intervención en el pequeño país, afirmando estar dispuestos incluso a la invasión para detener la insurrección democrática. El general Haig amenaza a Cuba con el bloqueo y la agresión directa. El Gobierno de EE.UU. suspende créditos a Nicaragua, entre ellos el llamado “del pan” -forma de guerra alimentaria⁶- y estimula abiertamente el recrudecer de provocaciones armadas en las fronteras; sugiere la posibilidad de una guerra centroamericana en la cual las tiranías vecinas serían armadas y conducidas por EE.UU. Sin recato alguno, se lleva en Miami el adiestramiento militar de ex guardias somocistas y mercenarios cubanos.

6 El documento de Santa Fe se refiere a la guerra de alimentos con arma del imperialismo de EE.UU. Dice: “Los alimentos son un arma en tiempos de guerra. Cuatro de los siete productores de excedentes agrícolas están en el Hemisferio Occidental: Canadá, EE.UU., Brasil y Argentina”. Si se agrega Australia y Nueva Zelanda, “las Américas (léase EE.UU) podrán ejercer potentes presiones sobre los Estados potencialmente hostiles mediante la retracción de las importaciones de alimentos, como rehén” . . . La guerra de alimentos se utilizará principalmente contra el llamado tercer mundo, también contra otros países de América Latina. Lo de Nicaragua lo comprueba. (N. del autor)

Combinando el chantaje intimidatorio y el belicismo sin máscara, Washington pasa a organizar una gigantesca maniobra militar en el Caribe. Toma por base el canal de Panamá -en burla ostensible de los tratados recientes- y monta un suerte de ensayo general de lo que podrían ser acciones de guerra contra Cuba y otros países de las Antillas y América Central. Entre otros acontecimientos de carácter provocativo, grandes portaviones -como el *Nimitz* de dotación nuclear- se aproximan a Guantánamo, porción de tierra y mar usurpada a Cuba por el imperialismo.

EL DIABLO SE VISTE DE SACRISTÁN, O EL GOBIERNO DE EE.UU. Y EL TERRORISMO

El 29 de enero, el general Haig, en su primera rueda de prensa como secretario de Estado, declaró:

“La lucha contra el terrorismo va a ocupar el lugar que hasta ahora han tenido los derechos humanos en el orden de prioridades de nuestra política internacional” (Agencia EFE, El País, Montevideo, 29 de enero de 1981).

Este portavoz imperialista no se refiere al terrorismo tal como lo conocen, definen y condenan las fuerzas avanzadas, o como lo identifica cualquier diccionario de ciencias políticas. Recoge y reitera la denominación que Hitler y Goebbels daban a la Resistencia europea. Así, el Gobierno de EE.UU equipara oficialmente el terrorismo con la lucha revolucionaria por la democracia, la liberación nacional y el socialismo.

Proyectada históricamente, esta equiparación supone calificar de terroristas a todos los libertadores de ambas Américas, desde Bolívar a Jorge Washington. Ya por entonces, la Santa Alianza lo hacía; así decidió la invasión de Uruguay -la Banda Oriental- por los ejércitos portugueses para “terminar con el anarquista Artigas”. En términos actuales caen bajo esa inculpación gran parte de los gobiernos, que hoy se sientan en la Asamblea de las Naciones Unidas, surgidos del derrumbe de los imperios coloniales y de la gran revolución de nuestros tiempos. En lo inmediato, el Gobierno Reagan califica de este modo a los revolucionarios de El Salvador y Guatemala. Como se sabe, estos movimientos congregan luchadores de extracción o militancia comunista, demócratas cristianos, socialdemócratas afiliados a la Internacional Socialista, así como sacerdotes católicos, intelectuales independientes, personalidades universitarias y otros. Por extensión, si la heroica resistencia actual de los pueblos de Chile, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Haití y demás -subyugados, torturados y escarnecidos por dictaduras fascistas o de corte fascista- subiera a

planos más altos y debiera recurrir a las armas (a lo que tendrían legítimo derecho de acuerdo a resoluciones de la ONU), el Gobierno de EE.UU marcaría con el estigma de terroristas a los patriotas insurrectos. Tal la criminalidad potencial de la formulación estadounidense.

William Dyess -vocero oficial del Departamento de Estado- asombra a los corresponsales de la prensa mundial con nuevas explicaciones acerca de la lucha contra el *terrorismo*, en su calidad de *doctrina* identificatoria del nuevo Gobierno. Dyess otorga una definición:

“Llamamos *terrorismo* -dice- el apoyo financiero, el entrenamiento y la venta o entrega de armas a grupos revolucionarios que combaten a regímenes legítimamente establecidos”. (EFE, 29 de enero de 1981. Lo subrayado es mío. R.A.)

Ejemplifica: lo de El Salvador es *terrorismo*. La definición es infame y el ejemplo centroamericano escogido cae pesadamente sobre la cabeza de EE.UU. Por si no alcanzara, días después Reagan nos ilustra acerca de cómo su Gobierno hace befa de sus propias definiciones. Anuncia su decisión de entregar grandes cantidades de armamento, en particular pesado, a los cabecillas feudales de Afganistán, que actúan notoriamente desde Pakistán, a partir de campos organizados por la CIA, y a Savimbi, el ex aliado de la PIDE portuguesa, culpable de matanzas de todo tipo en el territorio usurpado de Namibia, bajo el ala protectora de los racistas sudafricanos. Son dos muestras de la conducta del Gobierno de EE.UU en materia de enunciados doctrinarios. Claro está, el señor Reagan puede excusarse diciendo que ni los feudales afganos, ni las bandas canibalescas de Savimbi son *revolucionarios* en la acepción verdadera, científica y social del vocablo. La misma dualidad se descubre respecto a la definición de los “Regímenes *legítimamente* establecidos”. La junta “militar demócrata cristiana” de El Salvador nació de un golpe de Estado contra la dictadura de Romero, uno más en la serie de golpes y contragolpes que, con bendición de Washington, a través de cincuenta años han atormentado este pequeñísimo país. Pinochet surgió de un cuartelazo fascista -organizado y financiado por el Gobierno de EE.UU- contra Allende, presidente elegido por el pueblo de Chile. El folclórico tirano Somoza inició un régimen siniestro, continuado por sus descendientes, a consecuencia de la invasión de Nicaragua por los marines estadounidenses.

El golpe de Estado en Uruguay, inspirado por el Pentágono, se impuso sobre la destrucción de un régimen institucional democrático de larga tradición. Se puede seguir amontonando ejemplos.

¿Cómo funciona el *concepto de legitimidad* -invocado por el señor Dyess-

en todos estos casos?

El Gobierno Reagan los considera sus amigos, sin excepción de los vencidos Somoza, motivo de expresa nostalgia para el Comité de Santa Fe y de revertido encono contra su vencedor, el Frente Sandinista. La respuesta es, pues, clara: la única norma objetiva de esa legitimidad es su coincidencia, o servicio, con los intereses imperialistas, con su concepción de una América y un Caribe dependientes de EE.UU a todos los niveles: militar, político y, desde luego, económico. Recuérdese el legendario: “Lo que es bueno para General Motors es bueno para Estados Unidos”. O sea, lo que fue bueno para United Fruit, cuando se trató en 1954 de Guatemala, o para ITT y Braden, cuando en 1973 le llegó el turno a Chile.

La definición, es fraudulenta, de ocasión, amañada para criminalizar el derecho de los movimientos democráticos y populares a solicitar ayuda -esta sí, legítima- en su desigual contienda por la libertad, la independencia y el progreso social de sus patrias, frente al fascismo y las tiranías instaladas y armadas hasta los dientes por el Gobierno de EE.UU y otros imperialistas. Incluyo aquí el derecho legítimo de beligerantes a comprar armas en cualquier país que las venda. Por otra parte, si nos atenemos a la verdadera acepción de la categoría política terrorismo, ella encaja justamente con la conducta, pasada y presente, de los imperialistas del Norte. Parte considerable de esa historia de “capa y puñal” la hemos sufrido los latinoamericanos.

Para no ir muy lejos: basta evocar en breves párrafos las denuncias del Congreso de EE.UU luego de Watergate. Los informes de los investigadores, sobre todo el documento de la comisión presidida por el senador Frank Church (346 páginas. Noviembre de 1975), comprueban la injerencia política, militar, de inteligencia -habitualmente por medios terroristas- en numerosos países, incluyendo el asesinato de líderes políticos, previo visto bueno presidencial. Allí se registran trece años de actividad de la CIA en Cuba, Congo, Vietnam, República Dominicana, Chile, Guatemala, Perú, Laos, Irán, Indonesia y otros países. El relato de los atentados urdidos contra Fidel Castro, Raúl Castro y otros dirigentes de la Revolución Cubana superan la más aguda novela de misterio⁷

Nada más expresiva en cuanto a las andanzas en el Caribe, que la confesión de Lyndon B. Johnson, el ex presidente, el 30 de julio de 1973:

“Lo cierto es que en el Caribe habíamos montado una sociedad anónima dedicada al asesinato”.

7 Sobre la organización del terrorismo directamente por la embajada de EE.UU, los uruguayos tenemos nuestra pequeña experiencia. Desde el atentado contra Che Guevara, el asesinato de Arbelio Ramírez, el del niño Olivio Píriz, el asalto a la sede del Partido Comunista, las bombas en casas de amigos de la Revolución Cubana, hasta el “escuadrón de la muerte”. Algo dicen en sus libros los ex agentes de la CIA, Agee y Hevia. (N. del autor).

El ranchero de Texas pudo usar los términos con propiedad, aunque más no sea por haber heredado el sillón presidencial que ocupara John Kennedy, asesinado -según todas las evidencias- con participación protagónica de la CIA. Aunque no debió hablar en pretérito. La sociedad continúa su *cosecha roja* -para servirnos del título de la obra ya clásica de Dashiell Hammett-. Y el presidente Reagan, siguiendo las huellas marcadas por los estólidos asesores de Santa Fe, hace hoy en ella inversiones millonarias.

RELACIONES CON LA UNIÓN SOVIÉTICA Y PRETENDIDO TERRORISMO

En la misma declaración, W. Dyess extiende el planteamiento a la suerte de las relaciones con la Unión Soviética, o sea, al futuro de la coexistencia pacífica, la paz, la distensión, los SALT, etc. Condiciona estas relaciones a que la URSS “cese . . . su penetración en América Latina”.

“El papel de la Unión Soviética -dice- en apoyo a grupos terroristas desde Namibia hasta El Salvador, va a ser elemento esencial para determinar el futuro”. “Vamos a observar muy atentamente el papel que desempeñan países representantes de los intereses de Moscú, como Cuba en el Caribe y Libia en África”.

Es un texto de antología. Burdo, groseramente mixtificador, imposible de aprehender siquiera con pinzas en un análisis político serio o en una mesa de negociación diplomática. Pero su torpeza es deliberada, busca encubrir con el alboroto y la vociferación irresponsable el pasaje del Gobierno de EE.UU a acciones belicistas y de gendarmería en América Central y el Caribe, así como al intervencionismo desnudo en otros continentes. Sirve, a la vez, como tentativa de elusión frente a las proposiciones soviéticas, acogidas favorablemente en los más diversos círculos, en favor del diálogo constructivo en bien de la paz y la distensión.

Valen aquí dos puntualizaciones de carácter doctrinario: a) todo el mundo conoce la postura soviética de repudio al terrorismo enraizada en posiciones de principio del movimiento obrero internacional, en toda la obra de Marx, Engels y Lenin; b) el movimiento liberador de América Latina -la lucha por la *segunda independencia* de que hablara Martí- no es producto de una supuesta penetración soviética. Es la síntesis de alrededor de un siglo de brega democrática y antimperialista, principalmente contra el imperio del dólar, que luego de la histórica victoria cubana y su avance hacia el socialismo, adquirió carácter irreversible.

Las raíces de este gran movimiento, que ha entrado en nuevas fases ascendentes, como lo testimonia entre otros rasgos la victoria de Nicaragua, están enclavadas en la realidad económica, social y política de nuestros países. Ha tomado dimensión histórica en nuestra época, inaugurada por la Revolución de Octubre, y en particular con la nueva correlación mundial de fuerzas.

La pretensión del nuevo Gobierno de EE.UU de condicionar su diálogo con la Unión Soviética, o sea, las cuestiones de la paz mundial, a un compromiso de petrificación de las actuales relaciones económicas y sociales de América Latina y a un *statu quo* para los fascismos y las tiranías al servicio del dólar, es un chantaje sin perspectiva, además de ser una utopía reaccionaria.

Nadie, aunque quisiera, podría darle a EE.UU garantías de un estatuto vitalicio para sus hijos predilectos, fascistas y tiranuelos del Sur y el Caribe, y para su dominio imperialista sin sobresaltos en todo el hemisferio.

“HIJOS DE PERRA BIEN NUESTROS”

Los propósitos del Gobierno de EE.UU están a la luz del día. Lucha contra el terrorismo, en sustitución de doctrina de los derechos humanos, significa pasar a sostener activamente a las tiranías fascistas y otras dictaduras del “cono sur” y a hostilizar a los gobiernos progresistas, que tratan de independizar de EE.UU su política exterior.

El 28 de enero, Reagan asevera, en su primera conferencia de prensa como presidente, que su objetivo de *detener el avance del socialismo en América Latina*, por lo tanto celebrad la derrota de Manley -ex gobernante de Jamaica y líder de un partido adherido a la Internacional Socialista-, que *permite regresar a un sistema de democracia capitalista occidental*. Como se ve, no se trata de un *agente del movimiento comunista internacional*.

En Jamaica imperaba precisamente una “democracia de tipo capitalista occidental” aunque Manley y su partido adoptaban medidas progresistas y resistían los dictados de Washington. Horas antes de esa conferencia de prensa, William Dyess anunció que “a partir de ahora, EE.UU no va a exponer sus quejas o críticas a otros gobiernos, sino a través de canales diplomáticos privados”. Las agencias noticiosas indicaron de inmediato *que este cambio de política mejoraría las relaciones de Washington con los regímenes de Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Chile*. (*El País*, Montevideo, 20 de enero de 1981). Escaso tiempo después, la Casa Blanca regulariza sus relaciones con Pinochet, justamente en el aspecto relacionado con el terrorismo.

Levanta las medidas adoptadas por Carter a raíz del asesinato en EE.UU de

Orlando Letelier y su secretaria, por agentes de la dictadura de Chile. Sobran más ejemplos⁸

Una simple compulsión de textos comprueba que estas medidas fueron anunciadas, incluso con el mismo léxico, por el documento de Santa Fe. Parafraseándolo ostensiblemente, la señora Kirkpatrick -actual embajadora yanqui en la ONU, con rango de ministra- reitera la premisa:

“Por comparación, estos regímenes autoritarios (se refiere a las dictaduras genocidas de América Latina y el Caribe) no son los peores, cualesquiera sean sus defectos. En todo caso, son mejores que los regímenes marxistas”. (L Humanité, París, 7 de marzo de 1981).

¿Los movimientos de liberación? Jeane Kirkpatrick -beligera y sumaria, amante del lenguaje *musclé* -según el periodista- los descalificó: “*Son solo la expresión de una conspiración comunista internacional*”. . . “*manifestaciones del expansionismo soviético*”. Todos recuerdan el amparo a Somoza que realizara cierta personalidad de EE.UU.: “*es un hijo de perra, pero es un hijo de perra bien nuestro*”. Instaurar y sostener hijos de perra bien de Estados Unidos: he aquí la fórmula política del Gobierno Reagan para América Latina.

Para lograrlo plenamente, los consejeros aúlicos de Santa Fe llaman a revitalizar el Tratado de Río de Janeiro, colocando un énfasis especial en la Junta Interamericana de Defensa. Privilegiar ese organismo significará un nuevo impulso al control multiforme que el Pentágono cumple hoy sobre las fuerzas armadas latinoamericanas, supone proyectar la función supranacional de la JID, relacionada siempre con todos los golpes militares que han martirizado a nuestros pueblos”⁹.

3. UNA POLÍTICA AMENAZADORA Y CRIMINAL, PERO CONDENADA AL FRACASO

“La Iglesia no puede callarse ante tanta abominación. Os ordeno en nombre de Dios: detened la represión”. Monseñor Romero, 24 de febrero de 1980.

8 Esta línea se extiende a Uruguay. El Gobierno de EE.UU se ha dirigido a la dictadura por sendas cartas del Departamento de Estado y del Pentágono, asegurándole “buenas relaciones” e instándolo a adquirir armamentos modernos, con vistas a las obligaciones “comunes” en el Atlántico Sur. (N. del autor)

9 Los asesores de Santa Fe aconsejan “revitalizar el sistema de seguridad hemisférica “basado en el Tratado de Río de Janeiro, pero elevando en la práctica por encima de la OEA, la estructura militar, o sea la JID, cuyas resoluciones pasadas y presentes serán sostenidas por EE.UU. “Las resoluciones” de la JID “sobre la amenaza soviético-cubana han sido totalmente ignoradas” -dicen. Proponen desarrollar el sistema de seguridad militar, panamericano en tres rangos: 1) Tratado de Río de Janeiro; 2) tratados regionales, cuyo modelo es el Condeca (ejércitos contrarrevolucionarios), que es el “mayor obstáculo a la subversión cubano-panameño-soviética”; 3) tratados bilaterales. “La política de EE.UU en América Latina debe tener en cuenta la ligazón integral entre la subversión interna y la agresión externa”. (N. del autor)

Los planes del Gobierno de EE.UU ciernen una sombría y amenazadora nube en el cielo de nuestra América. Nos anuncian mayor explotación, fascismo y otras sangrientas dictaduras, más las tentativas de revertir por la intervención directa el movimiento liberador que, desde Cuba, ahora también Nicaragua, ha comenzado a cambiar el rostro del continente. El respaldo a la junta de El Salvador y los desplantes armados en el Caribe ponen en carne viva esta realidad.

No se pueden descartar los elementos de chantaje, de guerra psicológica, de presión sobre los aliados europeos y de intimidación a gobiernos y partidos nacionalreformistas latinoamericanos, la intención de imponer, bajo el estruendo de la fraseología irresponsable, determinados objetivos, tanto de política y estrategia de dominación, como de política interior. Y especialmente aprovechar este clima con vistas a la carrera de armamentos y gigantescos gastos en implementos nucleares, incluso para vencer al respecto resistencias de aliados europeos en la OTAN. Pero, más allá del redoblar de tambores, debemos tener conciencia de que la línea del actual Gobierno de EE.UU expresa la esencia del pensamiento de los sectores más regresivos y más ultristas del imperialismo yanqui¹⁰. Esta es la medida del peligro real para la paz del mundo y para América Latina. Y es necesario responder en función de ese peligro. Por lo mismo no debemos subestimar una sola línea del documento de Santa Fe. La conducta del Gobierno Reagan verifica que no estamos ante una opinión más, entre otras diferentes e igualmente válidas. Cabe pensar que resume los objetivos últimos y totales de su política latinoamericana.

10 En el equipo Reagan se destacan determinados personajes relacionados especialmente con América Latina, ya como integrantes de institutos de elaboración política y estratégica, o como actores en tareas de “inteligencia”. Diana Johnstone -en Monde Diplomatique- señala que el Center for Strategic and International Studies (CSIS) parece ser el principal lugar de cultivo para todo lo que concierne a problemas de “seguridad nacional”. Este Instituto fundado en 1962 por Davis Abshine, hoy coordinador de política exterior, en relación con el Pentágono, la CIA, el Departamento de Estado y el Congreso. Al Instituto están vinculados ex jefes de la CIA, Kissinger y otros. También, fue uno de sus fundadores George Allen, Redactor de manuales de anticomunismo. Allen era director del Programa de estudios del CSIS desde 1966. Percibió 60 mil dólares anuales de Overseas Companies of Portugal, durante 1973-1974 por su labor en defensa del colonialismo en Angola y Mozambique. Colaboró con la Administración Nixon en el Congreso de Seguridad y fue acusado entonces por sus vínculos con autores de fraudes millonarios. Entre los asesores para América Latina se halla James Theberge -relacionado con Kissinger y Rockefeller-Theberge ya trabajó en el Departamento de Estado, la AID, el USIS, etc., fue embajador ante Somoza de 1973 a 1977, y activo sostenedor del régimen. A Theberge lo sustituyó en el cargo del CSIS, Roger Fontaine - uno de los redactores del documento de Santa Fe- caracterizado por el periódico dominicano Vanguardia del Pueblo, de rabioso partidario de la intervención de EE.UU en América Latina. Se les suman Pedro A. Sanjuán, encargado de Asuntos del Hemisferio Occidental del American Enterprise Instituto (AEI), el general retirado Daniel D. Graham, al que el periódico referido llama “agente de enlace con las dictaduras militares de América Latina” y que tiene vínculos especiales con la tiranía guatemalteca, así como Robert D’Abuison, jefe de las pandillas terroristas de El Salvador. Perteneció a la DIA (Inteligencia del Ejército) de 1974 a 1976. Al AEI pertenece el célebre depredador económico Milton Fridman. Aunque representante en la ONU, a la señora Jeanne Kirkpatrick la debemos incluir en este elenco de asesores para América Latina, según el mismo periódico, con especialización en América Central. Profesora desde 1967 en la Georgetow University, desde 1977 lo fue del AEI. Su marido, Evron Kirkpatrick, fue jefe de investigación y análisis de la OSS (Oficina de servicios estratégicos), antecesora de la CIA. (N. del autor)

La cuestión consiste en saber hasta dónde podrá llevar esta orientación en la actual correlación mundial de fuerzas y en América Latina de hoy. Nadie puede saltar por encima de sus propias nalgas, reza un sabio decir campesino. Los hechos políticos de estos días han demostrado una vez más que son amplísimos los sectores que se oponen al frenesí belicista y al aventurerismo. Entre esos hechos se inserta la respuesta a las provocaciones estadounidenses en torno a El Salvador.

En cuanto a América Latina, la brutalidad imperialista hará más amplias las fuerzas sociales y políticas que la enfrentan o que resisten a distintos niveles las imposiciones de Washington. América Latina y el Caribe experimentan profundas transformaciones. No es el continente de tiempos de la guerra fría, ni siquiera aquel de comienzos de los sesenta, cuando, por orden de EE.UU en la OEA, todos los gobiernos -salvo el de México- rompían relaciones con el de la heroica Cuba.

Sin embargo, justamente la Revolución Cubana -y la derrota del imperialismo en sus empeños de aplastarla- fue origen e importante factor del cambio cualitativo que estamos viviendo los latinoamericanos. Ya a comienzos de los años 70 era posible advertir el desarrollo de un multiforme y heterogéneo movimiento continental tendiente a defender la soberanía y las riquezas de nuestros países, y a realizar mutaciones sociales de distinta profundidad. La victoria de la Unidad Popular en Chile señalaba su polo avanzado; allí se incluían el Gobierno Velasco en Perú, las reivindicaciones patrióticas de Panamá, el triunfo de Cámpora en Argentina, el notable ascenso democrático y antimperialista en Uruguay. Ensanchando el campo del análisis, se podía advertir: el desarrollo del movimiento obrero y popular a escala del continente, pero a la vez el perfil marcado hacia una mayor independencia política, respecto del imperialismo de Estados Unidos, de gobiernos y partidos nacionalreformistas de varios países. El establecimiento de relaciones con Cuba y la extensión de vínculos con países socialistas fueron todo un síntoma.

La contraofensiva del imperialismo y el fascismo planeada por el Gobierno de EE.UU. Kissinger al frente -con los golpes de Estado en Uruguay y Chile, en 1973, y los posteriores cambios negativos en otros países de América del Sur-, ennegreció el paisaje político, pero no logró revertir el proceso de ampliación de las fuerzas en contradicción con EE.UU. Los grandes golpes asestados a nuestros pueblos estrecharon en el plano político e ideológico en el proscenio, una vez más, en cueros, como empresario de la matanza y la tortura. Un amplísimo movimiento de repudio al fascismo, y a sus progenitores, se extendió por América Latina y el Caribe, con poderoso respaldo mundial.

Tal como previera nuestro Partido a fines de 1973, contra el fascismo era necesario y posible conjugar la unidad y convergencia nacional y democrática en nuestro país, con la unidad y convergencia de pueblos y gobiernos democráticos de América Latina y el Caribe, opuestos por principio y potencialmente amenazados por la ola parda o negra instrumentada por Washington.

Por entonces se podía oír esta pregunta: ¿Es realista esa orientación, o expresa apenas un deseo piadoso? ¿No dicen ustedes que los niveles de desarrollo capitalista de estos países enlazan obligatoriamente la pugna histórica contra el imperialismo con una aguda luchas de clases?

Este rasgo característico del actual desarrollo de nuestras sociedades es y será un elemento obligatorio del proceso social y político en todas sus vicisitudes. Pero, solo pensando en términos de un marxismo muy rudimentario, se puede creer que la lucha de clases y el potencial poderío del proletariado y las fuerzas revolucionarias, excluyen mecánicamente la posibilidad de insertar una amplia estratégica política de unidad y convergencia antifascista en la batalla histórica de nuestros pueblos por la revolución democrática y antimperialista.

Por lo demás, el carácter avanzado de esta revolución en América Latina, potencialmente propicia a transformarse en socialista, no borra linealmente etapas, fases intermedias y mucho menos las coyunturas políticas en qué las alianzas de la clase obrera y el movimiento revolucionario están llamadas a ampliarse considerablemente. Esto es el valor adquirido en cuanto a la táctica antifascista, vale también en cuanto a la táctica a aplicar frente a la *política imperialista en sus formas brutales*.

Las preguntas de entonces han sido contestadas por la vida. La praxis verifica y sigue verificando la previsión política.

La activa solidaridad de pueblos y gobiernos democráticos con Chile, Uruguay y otros países tiranizados, fue una respuesta. Aunque la contestación más clamorosa surge del apoyo de los gobiernos de Venezuela (bajo Carlos Andrés Pérez), Jamaica (con Manley), Panamá, Costa Rica, México y Cuba a la revolución democrática y antimperialista de Nicaragua. En torno al Frente Sandinista se congregaron, en muy extensa unidad, personalidades patrióticas y democráticas, sacerdotes católicos, revolucionarios de inspiración marxista y leninista, y representantes de la burguesía y la pequeña burguesía enfrentados todos a Somoza. Hoy mismo, la revolución salvadoreña cuenta con la simpatía de muchas de las fuerzas que apoyaron eficazmente a Nicaragua. Entre ellas, gobiernos y partidos nacionalreformistas, vinculados a la Internacional

Socialista¹¹, o pertenecientes a la poderosa coordinación acordada en Oaxaca, también exponentes de la Iglesia Católica, fieles a la memoria de monseñor Romero. Y -desde luego- como ocurriera antes con Nicaragua, de partidos comunistas y obreros. Esto se corresponde con el amplio espectro político del Frente Democrático salvadoreño.

Este enfoque estratégico general, que abarca a nivel del continente grandes líneas para la lucha antifascista y para enfrentar las formas más brutales de la política imperialista, como la actual línea Reagan, está llamado a integrarse en la táctica concreta de cada país, como ingrediente ineludible. Una línea nacional está sujeta a la correlación de fuerzas, a la peculiaridad de la lucha de clases, al desarrollo nacional y a la conformación de sus estructuras estatales y políticas, al análisis concreto de la situación concreta en todos sus aspectos. Pero así como se interrelaciona con la dinámica del proceso mundial, se enlaza vivamente a las cuestiones de la pugna latinoamericana contra el imperialismo. En ese momento, el empeño por derrotar la línea del Gobierno de EE.UU, y por limpiar el rostro del continente de fascismo y tiranías, es parcela inalienable del esfuerzo nacional y democrático de cada pueblo. No entenderemos esto como actitud seguidista de la clase obrera, su partido y las fuerzas revolucionarias, aunque previmos contra el sectarismo y la inoperancia de lo declarativo. Solo una gran política, capaz de poner a las masas en movimiento, comenzando por la clase obrera puede afirmar el papel histórico de vanguardia y la independencia del partido. Pero ser vanguardia supone -como lo explicara mil veces Lenin- un vasto sistema de alianzas en función de los objetivos y el carácter de la revolución; también del vaivén en político inmediato. Ante la ofensiva fascista de 1973, ese sistema de alianzas se ensanchó, para nosotros, en nuestro país y a nivel continental, hasta la unidad y convergencia de todos los sectores adversos a la dictadura, manteniendo y desarrollando a la vez el Frente Amplio -coalición democrática y antimperialista- como polo avanzado.

Frente al fascismo, como frente a la línea Reagan, pensamos que esa unidad dialéctica de amplitud y profundidad es totalmente válida. Supone la unidad y convergencia de las fuerzas más amplias y, a la vez, en conexión estrecha, agrupar a aquellos sectores sociales y políticos correspondientes y las fuerzas motrices de la revolución democrática y antimperialista.

La línea Reagan nos lleva a confirmar estas reflexiones ya reiteradas. El blanco privilegiado de sus disparos son Cuba, Nicaragua y Granada, y los movimientos revolucionarios, ante todo de El Salvador y Guatemala, pero su

11 Acerca de la política respecto a la socialdemocracia, me remito a mi trabajo Primavera popular en Nicaragua (Estudios, N° 73, otras ediciones y este volumen), destaco, además, el análisis de Fidel Castro en el Segundo Congreso del Partido Comunista de Cuba. (N. del autor)

ataque se dirige -ya lo demostramos- también contra todos los partidos, movimientos y gobiernos democráticos, incluso aquellos que, sin ser antimperialistas hasta el fin, resisten el dictado de Washington y tienden mayor autodeterminación económica y política. La violencia del impacto intimidatorio puede hacer vacilar a sectores de la burguesía nacional reformista o de la pequeña burguesía , aunque tendencialmente es de prever el ensanchamiento del campo de las fuerzas patrióticas y democráticas. Factor importante de esa ampliación será el vigor de la respuesta de masas de los pueblos y al acierto de una línea política no sectaria del movimiento revolucionario.

Saber congregar ese vasto campo -pese a su heterogeneidad y sus contradicciones- es condición de la paralización y derrota de la actual amenaza imperialista. Se trata de tener conciencia del peligro y responder en consecuencia.